

Nadia Isasa

YO BASTARDO:
Derek Walcott, literatura y decolonialidad

(ensayo de un ensayo)

Isasa, Nadia

Yo bastardo : Derek Walcott, literatura y decolonialidad / Nadia Isasa. - 2a ed revisada. - Rosario : Brumana, 2020.
94 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-47561-2-1

1. Ensayo Literario Argentino. I. Título.
CDD A864

Diseño de tapa: Carolina Musa
Foto de tapa: Alejandra Correa | www.ale-correa.com

©Brumana Editora
brumana.editora@gmail.com

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Todos los derechos reservados.



Nuestra propia bastardía

Prólogo a la segunda edición

Playas de arena blanca, palmeras, cocos, jugos tropicales, cruceros fastuosos: lo primero que a la mente cuando se piensa en el Caribe. Imaginamos un verdadero paraíso terrenal, el sitio ideal para pasar unas vacaciones de ensueño. Un lugar sin historia, sin mayor importancia geopolítica y cultural. Casi un no lugar.

Nada más lejos de la realidad. El Caribe no es un paraíso. Y si lo fuera, sería un paraíso inventado. Un oasis construido en tiempos recientes por las empresas de turismo y las campañas publicitarias, sobre el sepulcro de millones de cadáveres. Un edén que es cartón pintado y que esconde una historia dramática de siglos de violencia, muerte y destrucción.

Asimismo, ha sido un espacio central en la historia moderna. No solo fue la región donde tuvo sus inicios la conquista de América, sino que se convirtió en el corazón del mundo atlántico. En este sentido, fue el núcleo neurálgico de las conexiones entre Europa, África y América: el vértice fundamental del triángulo atlántico. Tal fue su enorme relevancia geopolítica que todos los grandes imperios se disputaron su hegemonía, desde España hasta Estados Unidos, convirtiéndolo -según el

dominicano Juan Bosch- en una frontera imperial en constante ebullición.

Ahora bien, a la importancia militar, geopolítica y comercial se le debe sumar la económica. Durante los siglos XVII y XVIII el Caribe fue el epicentro de un boom económico basado en la producción de azúcar, café, tabaco; en el tráfico esclavista y el trabajo de millones de esclavizados. Boom económico que, según Eric Williams, fue el motor clave para la revolución industrial en Inglaterra. Sin la acumulación de capital propiciado por aquella hiperexplotación genocida, el capitalismo industrial no hubiese emergido ni el mundo hubiese sido como lo conocemos.

Algunos mitos centrales de la modernidad también tuvieron su origen en aquella región. El imaginario racista en torno a las comunidades originarias y a los pueblos africanos tuvo allí su primera elaboración. El racismo, junto con toda otra serie de fábulas religiosas -ilustradas y científicas- sirvieron para justificar la conquista, el genocidio indígena y el sistema esclavista, y buscaban darle un rostro amable y salvacionista a los peores crímenes cometidos en el mundo colonial.

El Caribe fue y sigue siendo un lugar de encuentro de pueblos y culturas. Pero aquel encuentro, durante siglos, no fue pacífico sino brutal, traumático. Fue el fruto de la conquista, la esclavitud y el trabajo forzado. A la desaparición de la mayoría de los originarios, le siguió la importación de millones de africa-

nos. Luego, con la abolición de la esclavitud en el siglo XIX, le llegó el turno a cientos de miles de asiáticos que fueron traídos compulsivamente para reemplazar aquella mano de obra perdida. Los europeos y sus descendientes coloniales dirigieron dicho proceso e impusieron violentamente su cultura y sus rígidos parámetros racistas. Sin embargo, el resultado no fue plenamente el esperado, y dio lugar a complejos procesos de mestizaje. La violencia sexual de los colonos y el encuentro violento entre aquellos diversos pueblos dio lugar a sociedades híbridas, con profundas tensiones internas y grandes traumas identitarios.

Aún después de las descolonizaciones de América, de África y Asia, el Caribe sigue siendo un lugar donde el colonialismo continúa vivo. Además de la dependencia económica y cultural, las potencias noroccidentales aún tienen presencia política en la región, y sus islas se rigen en las colonias más viejas del mundo.

La dominación es, sin embargo, una cara de la moneda. Hay otra, más luminosa: la de la resistencia, la rebelión y la emancipación. A los conquistadores le hicieron frente los originarios insurrectos liderados por Anacaona, Hatuey y Enriqueillo. A los esclavistas los enfrentaron los cimarrones acaudillados por Nanny y Makandal. A la colonización cultural los esclavizados la impugnarón apropiándose de la cultura imperial y sintetizándola con elementos africanos: resultaron religiones, lenguas y saberes nuevos; sincréticos, criollos. El vudú, la sante-

ría, el obeah fueron fruto de aquel proceso de transculturación, y también armas con las cuales enfrentar al sistema esclavista, racista y colonial. Sistema que, aunque no explotó nunca por los aires en la región, sufrió un ataque casi mortal con la revolución de Haití. Revolución única, caribeña y universal, que como pocas agrietó los cimientos del orden colonial atlántico. Insurrección que generó estupor entre los blancos y esperanzas entre los sectores populares de las islas y las Américas. Revolución que, a pesar de ser negada mil veces, dejó una huella en la historia. Una huella que fue retomada casi un siglo y medio después en Cuba, por otra revolución de alcance universal. No es casualidad que las dos revoluciones más radicales de Nuestra América hayan ocurrido en el Caribe. Solo un sistema tan perverso pudo haber generado tantas ansias de libertad e igualdad como las de aquellos procesos. Solo una región tan neurálgica y tan signada por el choque entre pueblos y por el sincretismo pudo haber producido acontecimientos tan genuinamente preocupados por la universalidad, la diversidad y el internacionalismo.

A pesar de la dependencia cultural, desde temprano, las ansias irrefrenables de emancipación también generaron la emergencia de una pléyade de autores críticos, pensadores, poetas, dramaturgos que dieron luz a múltiples corrientes intelectuales y artísticas de enorme valía. Corrientes dedicadas a atacar frontalmente el injusto orden social imperante y a imaginar una región y un mundo distinto. Corrientes preocupadas por recupe-

rar las culturas aplastadas, las historias negadas por el colonialismo: consagradas a la reconfiguración de identidades colectivas secularmente desechadas por las narrativas imperiales. El panafricanismo, el indigenismo haitiano, la negritud, la antillanidad y la creolitud, han sido algunas de las aquellas vertientes literarias e intelectuales que durante el siglo XX han vuelto una y otra vez sobre los problemas acuciantes de la región, en su búsqueda por aportar sus propias soluciones a dichos flagelos.

Nadia Isasa, en este bello y profundo libro, nos invita a sumergirnos en esta trágica pero a la vez fascinante historia de dominación y liberación. Nos invita a mirar más allá del cartón pintado de aquel edén turístico. Nos convoca, lucidamente, a pensar el Caribe como un lugar clave de la modernidad y a leer a sus autores como insumos centrales para el necesario y aún vigente proceso de descolonización regional y global. Lo hace analizando magistralmente la obra poética, teatral y ensayística de Derek Walcott, una de las figuras más potentes y originales del Caribe y de toda Nuestra América. Laureado con el Premio Nobel de Literatura y ampliamente conocido en el mundo angloparlante, es una pluma aún por conocer en el contexto de habla hispana, y en particular en nuestro país. Nadia, con agudeza y pasión, nos abre una puerta a ese mundo y a aquella voz, acercándonos sus reflexiones y sus representaciones sobre la identidad caribeña. Rescata la noción de bastardía como un concepto crucial, post esencialista, para pensar y expresar la realidad po-

lifónica de aquellas sociedades híbridas, abigarradas, marcadas a fuego por la violencia y los deseos de emancipación. Su libro nos invita a recuperar debates que, para aquellos preocupados por la última lectura de moda en el mundo noratlántico, pueden parecer lejanos o pintorescos pero que, por el contrario, no lo son en lo más mínimo. Debates que han tenido sus correlatos y reverberaciones en la América Latina continental y que aún continúan vigentes.

El Caribe resulta clave justamente porque no es cualquier espacio colonial: condensa como casi ningún otro los horrores y las luchas generadas por aquella experiencia que ha afectado a tres cuartas partes del globo terráqueo. Pocos intelectuales han pensando y poetizado con tanta agudeza sobre dicho fenómeno como lo hicieron los críticos caribeños. En una región y un mundo moderno todavía trágicamente signado por la colonialidad, Walcott resulta entonces un autor fundamental que debemos recuperar y leer de forma urgente. Gracias a Nadia, Walcott se nos hace ahora más cercano y su obra nos ayuda a pensar nuestra condición colonial y nuestra propia bastardía con respecto a Occidente.

Juan Francisco Martínez Peria

Es hora de dejar de ser lo que no somos.

Aníbal Quijano

La poesía no está hecha para adaptarnos al mundo tal como es, sino para hacerlo explotar.

Claudia Masin

Introducción

Los tiempos que corren demandan con urgencia atender nuevos paradigmas que nos permitan pensar la problemáticas contingentes: en el caso de un autor como Derek Walcott, nos acercamos a las particulares configuraciones del Caribe en tanto “zona de contacto”. Pero antes, es necesario un minucioso proceso de destejido, de desentramado de los cimientos eurocéntricos sobre los que se construyeron los imaginarios históricos, luego culturales, sociales y económicos de Latinoamérica y el Caribe. Ese será el escenario en el que tendrá lugar el giro epistémico que emerge con el pensamiento decolonial.

Walter D. Mignolo propone el concepto decolonialidad siguiendo a Anibal Quijano, quien sostiene que la crítica del paradigma europeo de la racionalidad/Modernidad es indispensable, a la vez urgente. Pero el camino no puede consistir solamente en la negación simple de todas sus categorías, es necesario desprenderse de las vinculaciones de la racionalidad-Modernidad con la colonialidad, con todo poder no constituido en la decisión libre de los pueblos libres. Es la instrumentalización de la razón por el poder colonial, en primer lugar, lo que produjo

paradigmas distorsionados de conocimiento y malogró las promesas liberadoras de la Modernidad (Mignolo, 1992).

Este nuevo paradigma, imprescindible para repensar las realidades vernáculas latinoamericanas, borrará las mayúsculas de La Historia, La Cultura y La Modernidad al echar luz sobre su reverso: la colonialidad. La retórica salvacionista de la Modernidad europea presupone la lógica opresiva y condenatoria de la colonialidad. El pensamiento fronterizo aspira a modificar el paradigma eurocéntrico desde la diversidad de reflexiones locales que comienza a operar más allá de la localidad; quiere por tanto mostrar una realidad planetaria y proponer un modo de repensar nuestra relación con otras localizaciones históricas y de conocimiento (Mignolo, 2007).

Walter Mignolo sostiene en este sentido que en la urdimbre misma de esa lógica opresiva tienen entidad los invisibles:

El argumento básico (casi un silogismo) es el siguiente: si la colonialidad es constitutiva de la modernidad puesto que la retórica salvacionista de la modernidad presupone la lógica opresiva y condenatoria de la colonialidad (de ahí los damnés de Fanon); esa lógica opresiva produce una energía de descontento, de desconfianza, de desprendimiento entre quienes reaccionan ante la violencia imperial. Esa energía se traduce en proyectos de de-colonialidad que, en última instancias, también son constitutivos de la modernidad. (Mignolo, 2005:5)

La tendencia a la construcción de este nuevo paradigma en América del Sur, en África del Norte y en otros puntos del

planeta, surge del malestar producido por la creciente globalidad imperial y de la voluntad emergente de descolonizar¹ el ser y el saber². Es el lado más oscuro de la Modernidad que sale a la luz y se revela.

Sostenida y fundamentada en este nuevo paradigma -el decolonial- la obra de Derek Walcott se orienta hacia la búsqueda de una representación otra, tanto en sus textos literarios como en su experiencia de dirección del Taller de Teatro de Trinidad. La producción artística de Walcott en su conjunto se organiza en torno al interés por generar nuevos abordajes artísticos de “la alteridad”, con la convicción de que es posible descolonizar también la representación como una táctica de visibilización social.

La obra de Walcott puede ser leída en confrontación con la matriz colonial de poder instalada en el Caribe, como una búsqueda a través del arte de la originalidad del devenir³-en-el-Caribe. La figura del bastardo, su génesis y su desarrollo en ella se puede leer como un modo de figuración de su propio proceso de búsqueda de identidad como antillano. Nacido en Santa Lu-

¹ En el sentido estricto del término compuesto: quitar la condición de colonial

² Cuando decimos “colonialidad del ser/del saber” nos referimos a: saber lo que se impone que se sepa y ser lo que las regulaciones normativas imperiales desean que se sea.

³ La autora prefiere el término “devenir” en lugar de “ser” para evitar todo abordaje esencialista que tienda a reproducir la lógica que se intenta cuestionar.